

COLMENNARIO



A bordar el tema de la teología no es un azar sino el resultado de la reflexión permanente de los universitarios sobre su quehacer diario. Si, como lo han demostrado muchos, el ser humano logra alcanzar los más altos niveles de desarrollo cuando se abre al Absoluto, era necesario tratar la idea del Absoluto desde este nuevo enfoque.

Ciertamente la filosofía nos conduce también hacia el Absoluto, pero debemos reconocer que nuestra razón tiene sus límites y el recurso a la teología y a la fe requerida para su adecuada lectura es un medio inaplazable para lograr el éxito en nuestro afán por ser plenamente hombre o mujer.

La teología no es dogma, sino que es una ciencia en la que la razón juega un papel central. El punto de partida no está en la razón, sino en la Revelación, pero a partir de la apropiación de este enorme capital, es la razón la que ocupa el primer lugar. La teología es un estudio, una investigación, un debate permanente. Posiciones de una época pueden ser revisadas hoy y así hacer avanzar el pensamiento.

La teología, por consiguiente, se desarrolla primeramente a partir de la lectura y el entendimiento de la Biblia. Castaño Fonseca en su artículo "El hombre desde la Biblia", biblista él, nos acerca a la visión de Dios sobre el hombre. ¿Qué es el hombre en la Revelación? Nos inicia en esta lectura mostrando el valor intrínseco de estos libros sagrados que componen la Sagrada Escritura. Nos advierte de inmediato de la dificultad que los occidentales tenemos ante este texto escrito en otra cultura. Nos invita a ser cautelosos e inteligentes, saber leer los símbolos y hacernos de las ideas que son contenidas en este aparato literario.

¿Qué es el hombre? Una totalidad y no el dualismo que los griegos nos aportaron. El aliento que hace pensar en el alma, la sangre que es vida, la interioridad corporal, el corazón, son la expresión del ser humano. Eso somos, no hay dualidad. Los órganos no tienen sólo una función biológica sino espiritual. Este estudio sobre el hombre, en la Biblia, nos lleva mucho más lejos al introducirnos a una lectura de la Biblia más acabada, más atenta a los símbolos y al contenido escondido o *explayado* en ellos. El símbolo revela más allá de una interpretación mecánica de la imagen.

Guillermo Fernández, en su artículo "Teología e Historia", se plantea numerosas preguntas en torno a nuestra concepción de la historia. Abre desde el ángulo teológico una visión totalmente nueva en medio de los aportes controvertidos del marxismo aquí criticados con fundamento por el autor.

La Historia se escribe ahora con una inicial mayúscula porque desde que Dios se encarnó en la persona de Cristo, la historia es otra, centrada en Su Persona nos indica un camino a seguir, se abre al infinito. El tiempo (*Kairos*) se llena con el proyecto de salvación, nuestra historia es el acontecer de todo lo que realiza esta salvación.

La teología es la ciencia de lo religioso; es el sustrato intelectual de esta tendencia natural del ser humano. Pablo Jiménez desarrolla, en su trabajo "*Lo religioso, dimensión estructural del hombre*", esta base de la religión, sin renunciar a las referencias propiamente teológicas. La primera definición de lo religioso dice que es apertura al Absoluto. La filosofía también nos ha enseñado que nuestro progreso como personas implica esta relación. Reconocer varias etapas de la humanidad ante lo religioso nos muestra que estamos ante un fenómeno "esencial", dice Jiménez, y no sólo accidental. No sólo es esencial sino "fundante", es decir creadora de nuestro ser.

Para seguir su razonamiento, el autor recurre a Feuerbach, paradigma de lo antirreligioso y demuestra el error de su posición. Llegado al momento actual, vemos cómo el cientismo y la modernidad dieron demasiada importancia a la razón, limitando así al ser humano; llegando "al vacío" y a la desadaptación. La posmodernidad produce al hombre sin metafísica, sin más allá. Jiménez regresa a la inquietud inicial: el hombre es capaz de trascendencia, el hombre "es abierto" a lo trascendente y nos llama a un nuevo humanismo que considera al hombre en su totalidad.

Finalmente los autores dejan para los lectores interesados una corta bibliografía que permitirá profundizar cualesquiera de los aspectos tratados aquí u otros más.

Agradezco al doctor Noé Esquivel su disposición para colaborar en la creación de este segmento de *La Colmena*.

JUAN MARÍA PARENT JACQUEMIN

EL HOMBRE DESDE LA BIBLIA. HACIA UNA ANTROPOLOGÍA BÍBLICA, PARTIENDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN

Las preguntas que el hombre formula acerca de sí mismo son siempre válidas. Desde los albores de la civilización éstas han dado lugar a variados intentos de respuesta, sin alcanzar la satisfacción total. Muchas veces, tales interrogantes no se fundan tanto en los intereses de la mera especulación teórica, sino que hunden sus raíces en las experiencias existenciales más profundas, como son el dolor, la enfermedad, la vejez, la muerte misma. Pero no es necesario que el hombre tenga que enfrentarse a las realidades trágicas de su vida para volverse sobre sí mismo, para interrogarse y buscar respuestas, para saber lo que es él. El hombre es capaz de mirarse en diferentes momentos de su existir, en el drama del dolor, en la cima de su bienestar o la bonanza apacible de su vida. Desde luego que unos momentos son más propicios que otros para entrar en esta confrontación con su propia realidad. Esto es precisamente lo que tiene lugar en muchas escenas que recorren las páginas de uno de los libros más sorprendentes y maravillosos, traducido a casi todas las lenguas del mundo: la Biblia.

EL FASCINANTE MUNDO DE LA BIBLIA

Cuando hablamos de la Biblia no nos referimos a un libro particular más o menos homogéneo, sino en realidad a una serie de libros¹ de distintas épocas y compuesto de géneros literarios bastante diversos. El primer gran bloque, llamado Antiguo Testamento,² abarca un período bastante largo, cuyas tradiciones se remontan a tiempos muy antiguos, difíciles de calcular con exactitud, pero cuya escritura duró casi diez siglos, desde los reinados de David y Salomón (SS. X-IX) hasta la primera mitad del S. I a. de C. Los 46 libros de este primer gran bloque son diversos y variados. Se encuentran aquí desde narraciones asombrosas que se pierden en la nebulosa de los tiempos, leyes de distinta índole, relatos de experiencias vividas por el pueblo de Israel, salmos, himnos y cánticos compuestos en muchos y variados momentos, consejos de sabios, narraciones edificantes, oráculos proféticos, etcétera. Todo esto aparece en la primera parte de la Biblia como un grande y colorido mosaico, donde los creyentes descubren la revelación del Dios que crea, que libera, que hace alianza y que si ésta es quebrantada, invita a la conversión y a la comunión con él. Es posible encontrar aquí desde la frialdad de un código legal, hasta la delicia de un poema de amor; desde el tono amenazante de un oráculo profético, hasta las palabras dulces de un Dios que más que padre, da la impresión de ser una madre tierna que habla a su pequeño hijo. Es por ello que el Antiguo o Primer Testamento posee también una gran riqueza en sus conceptos y en sus visiones acerca del ser humano. Experiencias profundas que marcan la vida y la fe de un pueblo que cree y espera, que sufre y llora, que sueña y vive el drama de su vida cotidiana. El hombre que trata de entenderse desde su condición de creyente.

1 En efecto, el término griego βιβλία (Biblia) significa "libros", o más exactamente "libritos". Se ha conservado este nombre ya que son "los libros" por antonomasia.

2 La designación Antiguo Testamento se debe a que sus contenidos pertenecen a la época que precede a Jesucristo. Se trata de libros escritos en distintas etapas de la vida del pueblo hebreo, recibidos por las comunidades cristianas como una herencia valiosa, que prepara el advenimiento del Mesías.

El segundo gran bloque de libros bíblicos, llamado Nuevo Testamento, es hasta cierto punto más homogéneo. Compuesto en lapso aproximado de cinco décadas, está centrado en la persona y en el mensaje de una persona: Jesucristo, el "Hombre-Dios", en quien se encuentran las dos realidades, la humana y la divina, por lo que se convierte también en el prototipo, es decir, el "hombre" por antonomasia. Cuatro evangelios son testimonios de lo que hizo y enseñó Jesús, un libro presenta los primeros pasos de la comunidad cristiana, veintiuna epístolas escritas a distintas comunidades intentan fortalecer en la fe, instruir más profundamente, responder preguntas y zanjar ciertas situaciones enfrentadas en los albores del cristianismo y, por último, un singular libro con el que concluye la Biblia, lleno de simbología, el cual resulta ser un magnífico, aunque a veces desconcertante, testimonio de una lectura teológica de la historia, asume el presente y lo proyecta, con esperanza hacia el futuro, lo que el hombre creyente espera desde su propio hoy.

El objetivo del presente artículo es presentar cómo entiende la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, al ser humano, cómo lo describe en sus realidades corporales, espirituales y en sus relaciones interpersonales.

EL HOMBRE EN EL PENSAMIENTO Y EN EL LENGUAJE DE LA BIBLIA

A partir de lo que hemos puesto de manifiesto, pretendemos ahora escrutar las páginas de la Biblia, sobre todo las del Antiguo Testamento, para descubrir en ellas qué se dice acerca del hombre. Sabemos ya que no podemos esperar conceptos occidentales o, al menos, que concuerden del todo con esta manera de pensar. En efecto, el hombre de la Biblia, conforme a la mentalidad semítica, es un ser básicamente unitario; es un todo del que puede afirmarse que ni siquiera la muerte lo divide. Parece asombroso, y quizá lo sea en realidad. No existe discriminación entre los elementos constitutivos de la persona. Su condición corporal, lejos de constituir una realidad

inferior, es una dimensión insoslayable. Por tanto, no es motivo de desprecio, como se intentó ver en algunos esquemas "místico-ascéticos" influidos por corrientes griegas de corte platónico, tanto dentro como fuera del cristianismo. Esto no niega que algunas potencialidades, como la capacidad de amar, de creer, de entender, sean especialmente reconocidas y estimadas.

El dualismo que tanto ha influido en el pensamiento occidental, tampoco está completamente ausente en algunos pasajes bíblicos tardíos. En el Antiguo Testamento hay influencia de este dualismo en libros ligados más estrechamente con ambientes helenísticos, tal como ocurre con el libro de la Sabiduría. En el Nuevo Testamento, algunos textos, sobre todo de Juan y de Pablo, tampoco están completamente exentos de una influencia semejante, pero esto no indica que los conceptos dualísticos sean dominantes en alguno de los dos testamentos, mucho menos en el primero.

Se puede afirmar básicamente que para la Biblia el hombre no "tiene" cuerpo (mortal) y alma (inmortal). Todo él es cuerpo, en cuanto a su condición frágil y perecedera. Todo él es fuerza vital, considerado como ser vivo. Todo él es espíritu, no sólo poseedor de facultades espirituales, más bien éstas pueden existir gracias a que el ser humano es precisamente espíritu. Se puede hablar de una interesante paradoja. Todo el hombre es mortal e inmortal. Es mortal en virtud de su condición frágil y perecedera, pero es inmortal en cuanto que, al cesar sus funciones corporales, sigue viviendo, desde luego más espiritualmente, pero sin dejar de ser él mismo. Con la muerte ocurre una transformación evidente. La condición corpórea pasa a ser ciertamente minimizada pero no aniquilada. Con la muerte, tiene lugar otra forma de existencia del hombre unitario. Esta es la visión asombrosa que nos presenta la Biblia, si observamos detenidamente. Nada en el hombre es sólo realidad corporal o sólo realidad espiritual. Ambas están siempre estrechamente unidas.

1) EL HOMBRE VIVO EN SU CONDICIÓN CORPORAL Y SUS IMPLICACIONES ESPIRITUALES

A partir de lo dicho anteriormente, es posible descu-

brir cómo es estimada la condición corporal. El cuerpo, lejos de ser "la cárcel del alma", constituye una realidad concomitante, indisoluble de las realidades espirituales. En la Biblia, se exaltan constantemente las funciones esenciales del hombre, designadas por sus órganos: corazón, entrañas, manos, garganta, lengua, etcétera; a estos elementos corporales se les llega a atribuir cualidades de índole espiritual. Es el ser humano que se expresa a sí mismo, por medio de todo lo que es él.

A) EL SER HUMANO VIVO: EL ALIENTO DE LA RESPIRACIÓN Y LA SANGRE

La vida se manifiesta esencialmente en el aliento (*néphesh* y *neshamah*) y, con mucha frecuencia también en la sangre (*dam*). Ambos no son sólo signos de vida, sino que son como ella misma. Por ahora nos centramos aquí en el aliento, entendido como sople o respiración (*neshamah*), signo de la condición viva, lo mismo que en la sangre, también elemento básico de la vida, tanto de los animales como de los hombres.

El aliento es la característica del hombre vivo. Así en Job 27,3 se dice: *aun está mi aliento en mí y el sople de Dios en mi nariz*. Esta es una manera muy sugestiva de decir que se está vivo. Lo mismo ocurre en otros pasajes numerosos, como cuando el hijo enfermo de la viuda de Sarepta había empeorado tanto, al grado que *ningún aliento quedó en él* (Cfr. 1 Re 17,18). En el primer caso Job pone de manifiesto que está realmente vivo; en el segundo, por el contrario, se dice que el hijo de la viuda está muerto. Algo semejante aparece en Jos 11,11, a propósito de la conquista de Jazor: *Hirió a todos los de allí con el filo de la espada, realizando el exterminio. Ningún aliento quedó*.³ Queda claro que el aliento es vida. El ser que respira está vivo.

La sangre es el otro signo manifiesto de la vida. Es la sede de la fuerza vital física. En este sentido es ex-

3 Hay ejemplos numerosos en este sentido. Difícilmente podríamos citar todos los pasajes donde aliento y vida son sinónimos, o más bien, donde el hombre que posee aliento es el hombre realmente vivo (Cfr. Jos 10,40; 11,14; Dt 20,16; etc.).

plícito Prov 1,18: *Ponen asechanzas a su propia sangre, a su propia vida tienden un lazo*. Algo semejante, a propósito de una petición para el rey justo, se lee en Sal 72,13: *Que salve la vida de los pobres, que su sangre sea valiosa a sus ojos*. Entendiendo de este modo lo que significa la sangre en el hombre es como se explica que en el Antiguo Testamento la sangre derramada y no enterrada clame desde la tierra (Cfr. Gn 4,10). Se otorga a la sangre un poder tal que puede clamar venganza por la vida. Se puede decir: *la vida de toda carne es su sangre* (Cfr. Lv 17,14; Dt 12,23).

A partir de los señalamientos anteriores, se desprende una serie de implicaciones, como la prohibición de comer la sangre de los animales, que pertenece única y exclusivamente a Yahvé, el protector de la vida. Un pasaje es muy ilustrativo en este sentido: después de que Saúl derrotó a los filisteos el pueblo se lanzó sobre el botín de ganado, se apoderó de éste, pero no sólo comió la carne, sino también la sangre, lo cual es visto como un pecado muy grave (Cfr. 1 Sam 14,32-33).

El poder simbólico que tiene la sangre adquiere un lugar privilegiado en el lenguaje cultural. Los sacrificios de animales son un reconocimiento al único dueño de la vida, simbolizada en la sangre que se derrama. Cabe señalar que la falta ritual es equiparada al homicidio mismo (Cfr. Lv 17,4; Núm 35, 33).⁴

B) LA INTERIORIDAD CORPORAL DEL SER HUMANO: VÍSCERAS, HÍGADO, RIÑONES

Desde luego que el órgano más importante del hombre, para la mentalidad semítica de la Biblia, es el corazón. Por ahora debemos decir que el término hebreo *kéreb* (entrañas) comprende las partes interiores del tronco, pero es preciso señalar que existen

4 Lo mismo que se dijo a propósito del aliento puede decirse con respecto a la sangre: una buena cantidad de textos del Antiguo Testamento se refiere a la sangre como vida (Cfr. Prov 28,17; Is 1,15; Lv 20,9; 2 Sam 1,16; etc.). Hay que aclarar, sin embargo que si la sangre es importante, no es el único elemento vital en el Antiguo Testamento.

5 El vientre materno es llamado más frecuentemente *réhem*.

algunas distinciones: el *béten* es el vientre tanto del varón como de la mujer.⁵ Al *béten* pertenecen tanto los órganos de la generación, como el estómago. No se trata sólo de órganos con funciones fisiológicas, sino que ellos expresan la interioridad del ser humano. El interior oculto, que es también la sede de los sentimientos y de las emociones.

El hígado es uno de los órganos importantes del cuerpo humano para algunas culturas cercanas a Israel. Quizá la poca mención de éste en la Biblia, la "más pesada" de las glándulas humanas,⁶ se deba a un intento de contrarrestar una vieja práctica adivinatoria babilónica, que inspeccionaba el hígado de los animales (Cfr. Ez 21-26). Por otro lado, Prov 7,23 compara al varón seducido por una mujer ajena, con el ciervo que se enreda en el lazo, *hasta que una flecha le atraviesa el hígado*, significando con ello la muerte e indicando que este órgano es muy delicado e importante para la vida.

Los riñones son también órganos de gran importancia para el Antiguo Testamento. Se habla de ellos siempre en plural (*kelayôt*) (Cfr. Lv 3,4.10.15). Sal 139 menciona los riñones como hechos por Dios de modo muy especial, equiparándolos con la formación misma de la persona: *Tú eres quien ha formado mis riñones, quien me ha tejido en el seno de mi madre*. Cuando se quiere decir Yahvé castiga al hombre, se dice que "dispara flechas a los riñones" (Cfr. Job 16,13; Lam 3,13), quizá haciendo alusión de los dolores atroces que provocan los cólicos renales. Se llega a afirmar que los riñones son la sede de la conciencia, así aparece en Sal 16,7, donde el que ora pide a Dios que le aconseje y hasta de noche corrija sus riñones, es decir, su conciencia. El profeta Jeremías denuncia que Dios está lejos de los impíos aseverando: *Sólo de su boca estás cercano, pero lejos de sus riñones* (12,2). Se dice que Dios examina el corazón y los riñones (Cfr. Sal 7,10; 26,2; Jer 11,20; etc.). Por tanto no es extraño que los riñones puedan "alegrarse", ya que son los que juzgan con rectitud: *Mis riñones exultan, cuando mis labios dicen lo que es justo* (Prov 23,16).

6 En hebreo hígado se dice *kabed*, derivado de la raíz *kbd* = ser pesado.

Los órganos del ser humano, aún los que parecen menos relevantes, no se concretan a efectuar simples funciones fisiológicas, sino que como partes constitutivas de él, como unidad integral, se les pueden atribuir acciones que de suyo no les son propias.

c) EL HOMBRE QUE RAZONA, DECIDE Y SIENTE: SU CORAZÓN

Para la mentalidad occidental el cerebro es al que le corresponden las funciones y operaciones intelectuales, siendo la sede de la razón y de los pensamientos. Sin embargo, no ocurre así en la mentalidad oriental semítica, para la que dichas funciones pertenecen al corazón.

Se puede decir que el término más importante del vocabulario antropológico del Antiguo Testamento es el que se traduce como "corazón". En su forma más común, *leb* aparece aquí casi 600 veces, y unas 258 como otra compuesta: *lebab*. Hay además algunas formas correspondientes arameas. Se trata, desde luego, del concepto antropológico más sobresaliente. Se trata no sólo de la sede de los sentimientos, sino básicamente de la sede de la razón y de los pensamientos, pero no únicamente, ya que el corazón, según esta forma de pensar, tiene también otras funciones.

Así pues, no resulta tan simple hablar del corazón en el Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, en 1 Sam 25,37 se dice, a propósito de la muerte de Nabal: *Se le paralizó el corazón en su interior, y se quedó como de piedra. Unos diez días después hirió Yahvé a Nabal y éste expiró. ¿Cómo pudo Nabal vivir diez días después de que su corazón se paralizó? Es obvio que el texto bíblico no refiere un paralizarse real del corazón, ya que esto traería como consecuencia la muerte instantánea del individuo; se trata más bien de un ataque cerebral. Así pues, el corazón recibe atribuciones que son propias del cerebro.*

Sin embargo, las "funciones cerebrales" del corazón no evitan que éste sea también entendido como corazón propiamente tal. El segundo libro de Reyes (9, 24) sitúa claramente el lugar anatómico del cora-

zón: Jehú tensó el arco en su mano y alcanzó a Joram entre los hombros; la flecha le atravesó el corazón y se desplomó en su carro. La descripción es dramática, pero ilustrativa.

Hay otras expresiones que van más allá de la función cardíaca del corazón. Así, Jer 4,19 habla de "las paredes del corazón" para referir una emoción en grado sumo que llega a provocar un ataque cardíaco: *¡Mi interior! ¡Mi interior! Me retuerzo ¡Paredes de mi corazón! Mi corazón gime. No puedo callarme. Quizá haya que pensar no tanto en la caja torácica, sino en el pericardio.*

Lo más significativo es que en numerosas ocasiones el corazón es la persona misma, en su condición de ser vivo, que siente y piensa. Vocabulario semejante se usa en forma figurada.⁷ En este sentido figurado usa el Antiguo Testamento el término "corazón" para referirse a la interioridad no solamente del ser humano, sino también a lo interior y oculto del mar (*Cfr.* Prov 30,18).

Muchas afirmaciones acerca del hombre suponen las ideas mencionadas. En la narración de la unción de David como rey de Israel, se dice que Dios advierte a Samuel, cuando vio al primero de los hijos de Jesé: *No te fijas en su aspecto, ni en su estatura. El hombre mira lo que está a los ojos, mientras que Yahvé se fija en el corazón* (1 Sam 6,7). De este modo el exterior es contrapuesto al interior, expresado como "corazón". Es precisamente en este interior donde cada uno decide lo definitivo de la vida. Únicamente a Dios no se puede ocultar lo que hay en lo más interno de la persona, ya que él conoce los misterios más profundos del corazón (*Cfr.* Prov 44,22; Sal 139,23).

A pesar de que el Antiguo Testamento no desconozca las funciones fisiológicas que realmente corresponden al corazón, pone sin embargo mayor énfasis en las funciones "espirituales", tales como la decisión, la razón, el deseo e incluso los sentimientos.

7 Así, cuando a un agotado caminante se le fortalece con un trozo de pan, se puede decir: *¡Levántate! ¡Come pan para que tu corazón se mejore!* (Ag 14,17). El "mejoramiento del corazón" se refiere a la persona, física y síquicamente hablando. El lenguaje figurado es evidente.

tos, aunque éstas pertenezcan más a las entrañas. Así pues, en la mentalidad semítica subyacente en las páginas de la Biblia, el corazón humano no es solamente un órgano, sino que constituye una realidad humana muy amplia y compleja, ya que se trata de la persona misma, en cuanto a su capacidad de pensar, de decidir, de amar, de odiar, de desear, etcétera. Podemos decir que para la Biblia el ser humano no tiene corazón, porque él mismo "es corazón".

Como acaba de quedar manifiesto a través de lo que significaba el corazón para la mentalidad semítica, se puede constatar cómo no existe una separación o dualidad en la persona, entre las realidades corporales y las espirituales. El corazón, como sede de los pensamientos y de la voluntad, es responsable de las decisiones, representa la realidad más interna del ser humano.

D) LAS OTRAS EXPRESIONES CORPORALES HUMANAS: OÍDO, BOCA, EXTREMIDADES

Otro de los órganos del cuerpo humano que tiene mucha estima en la Biblia es el oído. Por medio de éste el hombre no sólo puede escuchar y, por tanto, dialogar con sus coetáneos, sino que sobre todo, puede escuchar la palabra de Yahvé. Con frecuencia se establece la sinécdoque: órgano corporal-capacidad auditiva. En realidad no se hace distinción entre la identidad del uno y de la otra.

Una de las características del sabio es su capacidad para oír. Por eso es también un signo fundamental de la sabiduría de Salomón. En esta misma línea, el libro de los Proverbios afirma que no se puede proceder a contestar sin haber oído: *Quien contesta sin haber escuchado es necio y será confundido* (18,13). En Job 4,12-15, Elifaz pone de manifiesto cómo el hombre se puede dirigir en la vida gracias al oído: *Una palabra se me ha dado a escondidas, mi oído percibió como un susurro...* Se trata de la capacidad de decidir a través de lo que es capaz de percibir. Aquí queda de manifiesto que el oído no se refiere a una simple capacidad física, sino que va hacia la dimensión psicológica y ética. Más aun, hacia la conducción de la persona en su vida moral y espiritual.

A partir de lo que hemos señalado puede explicarse que la audición de una palabra sea de capital importancia para la vida: la palabra de Dios. Así pues, lo más significativo es que gracias al oído el ser humano tiene la posibilidad de llevar a cabo la voluntad divina, precisamente escuchando la palabra de Yahvé. Los predicadores deuteronomícos hacen arrancar la vida de la escucha de la palabra de Yahvé, dando una nueva interpretación a la tradición del maná: *No sólo de pan vive el hombre, sino de cuanto sale de la boca de Yahvé* (Dt 8,3). En esta línea, la negativa a escuchar la palabra de Dios significa renunciar a la vida (Cfr. Dt 32,47). La escucha por antonomasia es cuando se refiere a la palabra de Dios.⁸ No extraña, por tanto, que uno de los signos salvíficos más destacados para los tiempos escatológicos sea el que se abran los oídos de los sordos (Cfr. Is 35,5). En efecto, debido a las muy precarias condiciones en que vivían muchos de los habitantes de Israel, no era extraño que hubiese una gran cantidad de enfermos, entre los cuales se contaban los sordos; éstos, con los ciegos, sumaban a sus desgracias la dificultad para acceder a las santas palabras de Dios, escritas o proclamadas. De aquí que se esperase, como una bendición muy especial, que en los tiempos venideros los sordos tendrían los oídos abiertos, sobre todo para que pudieran tener la dicha de escuchar la palabra de Yahvé.

Otro órgano considerado importante en la Biblia es la boca, ya que lo que se oye espera una respuesta. En las relaciones interpersonales existe siempre la correspondencia recíproca entre el oír y el hablar. Sólo así puede existir diálogo. El pueblo de Israel demuestra que es pueblo de Dios declarándose dispuesto a escuchar (Cfr. Ex 19,7; 24,3), una declaración oral que cobra relevancia significativa. Desde las primeras páginas de la Sagrada Escritura, en uno de los relatos ciertamente más antiguos aparece como uno de los principales privilegios del hombre el que éste pueda responder (Cfr. Gn 2, 18-23). Al tener la capacidad de hablar, puede dar nombre a las criaturas, pero sobre todo puede ser interlocutor de Dios

8 La invitación a escuchar la palabra de Yahvé es una constante que recorre prácticamente toda la Biblia.

mismo. Más tarde se describe al hombre como quien se alegra no sólo al escuchar las palabras de Yahvé, sino al proclamarlas (Cfr. Sal 71,24).

La boca,⁹ que tiene la virtud de poder expresar lo que percibieron los oídos y los ojos, constituye el órgano que distingue al ser humano de todas las demás criaturas. Desde luego que también los animales tienen oídos, ojos e incluso boca, sin embargo sólo los hombres utilizan la boca para hablar y con esto manifiestan lo que piensan y sienten, en una palabra, lo que son ellos mismos.

Hay que notar que mientras que para designar el ojo o el oído, la lengua hebrea posee un solo término respectivamente, la boca, como instrumento de lenguaje es designada con una serie de términos. Distingue entre la capacidad de gustar y hablar (*pe*), el labio y el lenguaje como tal (*sapá*). Cuando se refiere a la lengua que por la sed se pega al paladar utiliza otro término (*lashón*), mismo que se aplica también al hablar verdadero o falso.

Por otro lado, ninguna otra parte del cuerpo posee tantas actividades diversas como la boca, junto con labios, lengua, paladar, garganta. A éstos se atribuye: hablar, llamar, ordenar, enseñar, corregir, acusar, jurar, bendecir, maldecir, cantar, celebrar, rezar, gritar, lamentarse, etcétera. La mayoría de estos verbos sólo se refieren a los seres humanos, lo cual indica que es precisamente la boca, sobre todo la lengua, lo que caracteriza al ser humano. Además, hay que decir de paso que la palabra (*dábar*) juega un rol sumamente importante en vida de los hombres, ya que a través de ella es como éstos pueden expresar lo que son y establecer relación con sus semejantes y, en definitiva, con el mismo Dios.

También las extremidades constituyen partes importantes del ser corporal humano. Incluso fenómenos espirituales se atribuyen a las extremidades. El Sal 51,10 es ilustrativo en este sentido, cuando dice a propósito del perdón de Dios: *Se alegran los miembros (extremidades) quebrantados*.

La palabra hebrea *régel* designa la pierna y el pie. Pero cuando el Profeta Isaías dice que los pies de los que anuncian la paz son hermosos, no se refiere a una belleza física, sino al movimiento del pregonero y sobre todo al contenido hermoso y alegre de lo que se anuncia. Cuando en Gn 30,30 el patriarca Jacob manifiesta a Labán que la riqueza del arameo ha aumentado mucho durante el tiempo que Jacob le ha servido, y que Yahvé lo ha bendecido, dice literalmente *leragli* ("conforme a mi pie"), quiere decir, "conforme a lo que he conseguido".¹⁰

El término hebreo para designar brazo es *zeroa*. Se refiere a las extremidades superiores, mismas que muchas veces son utilizadas para designar la fuerza de una persona. No es extraño, por tanto, que esta acepción se haga más extensa, de tal suerte que existe también la expresión hebrea *'ish zeroa* ("hombre de brazo"), que quiere decir "hombre brutal" (Cfr. Job 22,8). En este sentido se puede hablar del "brazo del estado", designando la fuerza para la lucha. Así, cuando se dice que "el brazo de Moab ha sido destruido", se refiere a la derrota infligida a esta nación.

Una parte del cuerpo muy mencionada en la Biblia es la mano (*yad*). Su utilización lingüística es bastante amplia e incluso contrastante. Puede jugar el papel de una extensión del brazo para significar también "fuerza", de aquí que el libro de los Proverbios (18,21) mencione "la mano de la lengua", con el significado de "la fuerza de la lengua". Sin embargo, el dar la mano a otro es un gesto de amistad y de disposición para la ayuda (Cfr. 2 Re 10,15). Cuando se dice que "una persona está en la mano de otra", significa que la primera está entregada al arbitrio de la segunda (Cfr. Job 2,6). "Levantar la mano" puede significar una sublevación (Cfr. 1 Re 11, 26).

Siguiendo la secuencia de las extremidades superiores, en hebreo, el término *'ebsá* designa tanto el dedo de la mano, como el del pie. El segundo libro de Samuel (21,20) dice que el gigante de Gat tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, para indicar

9 Hay que entender como "boca" no sólo el órgano estrictamente tal, sino abarcando también la lengua (órgano físico y capacidad de hablar), labios, garganta, etcétera.

10 En ciertas ocasiones la designación "pies" juega el papel de eufemismo, para referirse a los órganos genitales (Cfr. Ez 4,25; Jue 3,24; Is 6,2).

no tanto un carácter monstruoso, cuanto su fuerza poderosa. Conforme a la mentalidad semítica del Antiguo Testamento, el dedo es el signo del poder y de la capacidad de mando, por eso, el "dedo de Dios" designa ciertamente su poder y su autoridad. Pero, al mismo tiempo, los dedos designan la destreza para confeccionar y modelar.

El último miembro del cuerpo humano que mencionaremos es la cabeza (*rosh*). Desde luego que en la mentalidad semítica del Antiguo Testamento, la cabeza es una parte importante del ser humano corporal, aunque no llega a equipararse con el corazón, es también considerada vital, de modo que con ella peligra la vida del individuo (*Cfr.* Jue 9,53), así que a un guardián se le puede llamar "custodio de la cabeza" (*shomer leroshi*) (*Cfr.* 1 Sam 28,2). Siendo la parte superior del cuerpo, la cabeza simboliza lo que es superior, no sólo en el hombre, sino incluso en el lenguaje figurado (*Cfr.* Gn 8,5; 11,4). La cabeza es también lo que hace que el hombre sea contado en una multitud (*Cfr.* Jue 5,30),¹¹ por lo que designa su presencia. Como sucede en algunas otras culturas, en varios textos de la Biblia, alzar la cabeza constituye un gesto de soberbia (*Cfr.* Sal 140,9) y, por el contrario, inclinarla denota humildad (*Cfr.* Sal 3,4).

E) EL SER HUMANO Y SU CONDICIÓN CORPORAL EFÍMERA: SU *BASHAR*

El término hebreo *bashar* designa básicamente el cuerpo de los seres vivos. Muchas veces se traduce como "carne". Aunque no es propiamente una parte del hombre, distinta de su alma, sí refiere al ser humano en cuanto a su condición débil y perecedera.

El relato de la creación de la mujer de una costilla del varón menciona a *bashar* como un trozo de carne del cuerpo humano que se diferencia de los huesos: *Y cerró el espacio con carne* (Gn 2, 21b). En ocasiones, el término *bashar* puede indicar lo visible externamente, a diferencia de los huesos, que representan lo interno; a veces la expresión "carne y huesos" significa todo el cuerpo (*Cfr.* Job 2,5), o también

11 En ocasiones no se habla propiamente de cabeza (*rosh*), sino de cráneo (*gulgólet*), como en Núm 1.2.

puede designar una parte específica del mismo, como puede ser el miembro viril (*Cfr.* Lv 15,3; Ez 16,26; 23,20).¹² Según Núm 8,7 en el rito de la ordenación levítica hay que pasar navaja por todo el *bashar*, es decir, por todo el cuerpo. En el mismo sentido dice Elifaz, en Job 4,15: *El pelo de mi "bashar" se eriza*. Y Ahab, tras rasgar sus vestiduras, se pone un saco sobre su *bashar* (*Cfr.* 1 Re 21,27), esto es sobre su cuerpo desnudo. Así también, de todo el cuerpo y no sólo de una parte, se habla en Sal 38,4: *Nada sano hay en "bashar" por tu cólera*.

Cuando la Biblia se refiere a *bashar*, puede indicar otras dimensiones del ser humano, hasta designar a toda la persona. Gn 2,24 dice del varón que se unirá a su mujer y se harán una sola *bashar*. Desde luego que sí se refiere inmediatamente a la unión corporal efectuada por el acto sexual, pero también el texto hace referencia a la unión conyugal que hace de la pareja una comunidad de vida tal que puede equipararse con la unidad integral que existe en una persona.

2) EL HOMBRE VIVO EN SU CONDICIÓN ESPIRITUAL

A) EL ALIENTO VITAL QUE VIENE DE DIOS: EL *RUAH*

En el presente artículo hemos insistido en la unidad integral del lenguaje bíblico, sobre todo el Antiguo Testamento, para referirse al hombre.

Desde luego que el cuerpo (*bashar*) constituye la realidad humana en su condición efímera y pasajera, pero en una íntima relación con la condición inmortal para la que este hombre está destinado. Lo mismo sucede con el espíritu (*ruah*), el cual no se puede pensar en una realidad separada o autónoma. Es por eso que las funciones corporales inciden también en el ámbito de lo espiritual, y viceversa.

12 En estos textos se utiliza *bashar* (cuerpo) como un eufemismo, para evitar mencionar los órganos genitales. En otras ocasiones se prefiere usar la expresión "partes pudendas" o simplemente "partes" (*Cfr.* Dt 25,11).

Así pues, ya que cuando se habla de espíritu éste no puede referirse a una realidad al margen de todo lo que es el hombre, este espíritu tiene que ver necesariamente con la condición corporal, sin intentar trazar fronteras exactas entre los ámbitos materiales y espirituales. Entonces, el punto de partida para hablar de la dimensión espiritual es una función también corporal: la respiración. De esta operación física parten las realidades espirituales, designadas como *ruah* (viento dinámico, soplo vital, espíritu) y *néphesh* (aliento, deseo, vida, mente, alma).

El aliento y la respiración constituyen necesidades insoslayables para que cualquier ser (animal o humano) conserve la vida y se convierten muchas veces en signos de la vida totalizante, que comprende también funciones vinculadas con las potencialidades anímicas y volitivas y hasta la vida de relación con Dios.

El término hebreo *ruah* designa originalmente una fuerza natural. En primer lugar, *ruah* significa viento. Hay que aclarar, sin embargo, que no se trata del aire en cuanto tal, sino de éste en movimiento. Tal distinción no parece tener mucha importancia, si no se parte de la realidad geográfica de Palestina. Como los árboles se estremecen por el viento (*Cfr.* Is 7,2) también existe la brisa fresca que se puede tomar en esta región tras el sofocante mediodía. El viento solano es el que trae las temibles langostas (*Cfr.* Ex 10,13), pero igualmente es el viento el que trae las codornices (*Cfr.* Núm 11,31). Ex 14,21 atribuye a un viento fuerte el instrumento utilizado por Dios para secar el mar Rojo. Así pues, el viento posee fuerza y poder para provocar cambios profundamente significativos.

No resulta extraño que para Gn 1,2, sea precisamente el *ruah* de Yahvé el que sople sobre la superficie de las "aguas".¹³ Significa que una presencia dinámica y transformante de Dios acompaña a la creación. También es explicable que en Gn 8,1, Dios haga soplar su *ruah* sobre la tierra para que decrezcan las aguas del diluvio. Así queda de manifiesto el poder del "viento de Dios", capaz de transformar una realidad en otra completamente diversa.

13 "Aguas superiores y aguas inferiores" designan la totalidad del mundo creado: "el cielo y la tierra".

En el caso del hombre, su viento (*ruah*) se refiere básicamente el soplo recibido de Dios, que otorga la capacidad de vivir y ejecutar acciones que rebasan el plano biológico. Dice el Profeta Zacarías que es Dios el que forma el *ruah* en el interior del hombre (*Cfr.* 12, 1). En el caso de los ídolos, como no existe *ruah* en ellos, están privados de aliento y de fuerza vital. En otras palabras, no tienen vida, pero ésta no se refiere sólo a las características biológicas de los seres vivos, sean animales o vegetales; la privación se enfoca más hacia las potencialidades espirituales propias del ser humano.

Sólo cuando Yahvé introduce el *ruah* en los huesos revestidos de carne los cuerpos pueden ser vivificados (*Cfr.* Ez 37,6-14). Gracias al aliento de Dios, también el ser humano puede tener vida. Contrariamente, cuando el *ruah* sale del hombre, éste vuelve irremediabilmente al polvo (*Cfr.* Sal 146,4).

En otras palabras, del *ruah* dependen vida y muerte. Pero no se trata solamente de la vida que está en la sangre (con mayor razón en el sentido biológico), cuanto de la vida que viniendo de Dios hace capaz al hombre de ser él mismo. Es propiamente el espíritu del hombre.

En cuanto a ese algo que Yahvé envía y que opera en el hombre, el *ruah* es el espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo y fortaleza... (*Cfr.* Is 11,2). Es el espíritu que viene sobre los profetas para que sean capaces de anunciar la Palabra de Dios, pero puede ser también el espíritu de la maldad y de la falsedad.

El *ruah* puede ser mencionado para expresar movimientos anímicos, pero también para ser vehículo de acciones energéticas de la voluntad, como en Exd 1,5: *Dios había despertado el "ruah" para subir y reconstruir la casa de Yahvé en Jerusalén.* En este pasaje, el término hebreo *ruah* tiene el significado de "voluntad". Un caso semejante aparece en Jer 51,11: *Yahvé ha despertado el ruah del rey de Media, pues su plan se dirige a la perdición de Babilonia, para destruirla.*

En este sentido se puede decir que el *ruah* del hombre es éticamente neutral. No hay por qué establecer juicios de valor por cuanto se refiere al espíritu.

tu en sí mismo. El libro de los Números (Cfr. 15,14.30) habla del *ruah* del cielo que puede sobrevenir a un hombre. Pero, desde luego, cuando ese espíritu, que puede ser una pasión neutral, es fomentado por actos voluntarios se convierte en una realidad negativa que compromete la vida y la salvación.

El hombre, en semejanza con Dios, es espíritu (hoy podríamos decir "espíritu encarnado"), ser viviente, con capacidad volitiva para optar a favor o en contra de Dios, pero el querer lo bueno y la capacidad de actuar en consecuencia no surge sólo de una potencialidad interna, sino que básicamente viene de Dios.

B) EL ALIENTO VITAL DEL HOMBRE QUE NECESITA Y DESEA: SU *NÉPHESH*

Después de haber hecho las anteriores consideraciones, quizá el lector pueda plantearse algunas preguntas, tales como: ¿habla la Biblia, de modo particular el Antiguo Testamento, de alma? ¿Constituye ésta una parte del hombre? Si es así, ¿cómo conciliar tal afirmación con la concepción unitaria de la que hemos estado hablando?

Se suele traducir normalmente por alma el vocablo hebreo *néphesh*, otro término fundamental en la antropología del Antiguo Testamento. Las versiones griegas traducen *psikhé*, mientras que las latinas lo hacen con *anima*.

El aliento del ser humano es uno de los signos más claros de su condición de ser vivo. Posee dicho aliento o *néphesh*, gracias al *ruah* o soplo vital que Dios le ha infundido. Sin embargo, es preciso distinguir entre lo que es su aliento entendido como respiración (*neshamah*) y la cualidad propiamente tal de su ser vivo (*néphesh*), misma que le da la posibilidad de ejercer funciones que podrían describirse como "más espirituales" que el simple hecho de respirar.

Así pues, *néphesh* debe ser considerada en especial relación con la respiración, como acto necesario para vivir. Un paso más adelante la lleva a la amplia significación de ser la sede de situaciones anímicas profundas. En algunos casos este término equivale a mente, mientras que en otros se refiere a una si-

tuación o estado anímico. En efecto, Ex 23,9 dice a los miembros del pueblo de Israel: *No atormentarás a un extranjero; ustedes conocen el "néphesh" del peregrino, pues ustedes fueron peregrinos en Egipto.* Aquí es donde por primera vez se puede traducir este término hebreo por "alma", pero no entendida como una parte del extranjero, sino la amplia gama de sentimientos y emociones que se producen al estar fuera de la propia tierra. Se puede pensar en "alma" como la realidad interior del hombre desde la cual él sufre, se angustia o, en el caso contrario, goza y se alegra. En este sentido dice Job a sus amigos: *¿Por cuánto tiempo seguirán ustedes atormentando mi "néphesh"?* (19,2).

Para la mentalidad bíblica el hombre no sólo tiene *néphesh*, sino que vive como *néphesh*, es *néphesh*, gracias siempre al *ruah* que Yahvé le ha concedido. Al tratarse de respiración entramos en el ámbito de una necesidad de anhelar o desear.¹⁴

Hay expresiones como "encoger el alma" (Cfr. Núm 21,4) o, al contrario, "ensanchar el alma" (Cfr. Job 6,11) que son siempre sugestivas, para designar sea la impaciencia, sea la paciencia, en cada caso. Es posible notar cómo subyace siempre la idea de la respiración a la que está ligado el *néphesh* humano: encoger y ensanchar son los movimientos que se operan en los pulmones al ejercer la respiración, al introducir y al expeler el aire.

Como realidad vital, el *néphesh* del hombre es sinónimo de vida en varias ocasiones, como en Prov 3,35, donde dice la sabiduría personificada: *Quien peca contra mí, perjudica su "néphesh", cuantos me odian aman la muerte.* Lo mismo ocurre en otros textos, como en Sal 30,4: *Yahvé, tú has sacado mi*

14 Como en los otros casos que hemos mencionado, tampoco el término *néphesh* es unívoco (aliento o respiración), sino que abarca una gran cantidad de utilizaciones en el Antiguo Testamento, que van desde significados "físicos" tales como garganta (Cfr. Hab 2,5; Sal 107, etcétera) y cuello (Cfr. Sal 105,18; 44,26, etcétera). Al mencionar la garganta y el cuello se tiene la idea de hombre necesitado y amenazado, que ansía precisamente con su *néphesh* alimentarse y conservar la vida. Así pues, al hablar de *néphesh* la idea que aparece es, por tanto, un desear vital, un suspirar por algo o por alguien, un anhelar vivamente.



"néphesh" del abismo, o también como ocurre en Prov 7,23: *Como un pájaro se precipita a la trampa, sin saber que está en juego su "néphesh"*, etcétera.

En otras ocasiones, el *néphesh* designa la persona absolutamente hablando. En Prov 3,22 leemos: *Saber y prudencia serán vida (hayyim) para tu persona (néphesh)*. Lv 20,6 habla del *néphesh* como persona que se dirige a los espíritus de los muertos y 22,4 trata de una "persona impura". Mientras que en algunos momentos *néphesh* se refiere en general a la persona, al individuo, en contraste con la comunidad (Cfr: Lv 19,8), en otros casos este mismo término es referido colectivamente (Cfr: Gn 12,5).

Como en el caso de otras realidades humanas, el *néphesh* constituye una realidad muy amplia. Aunque en ocasiones se traduce como *psikhé*, *anima*, *mente* o *alma*, no siempre resulta exacto, pero tampoco se puede afirmar que se trate sólo de algo estrictamente espiritual. Esto tiene lugar en perfecta consonancia con la concepción antropológica unitaria de la Biblia.

3. CONCLUSIÓN

Según el recorrido que hemos podido hacer por algunos pasajes de la Biblia, sobre todo del Antiguo Testamento, hemos podido constatar algunos datos intere-

santes útiles y hasta necesarios para su comprensión.

En primer lugar, nos hemos dado cuenta que los diversos libros que componen la Biblia están ubicados en coordenadas espaciotemporales distintas a las nuestras. Hace falta penetrar en este mundo fascinante, aunque a veces también un tanto desconcertante para nuestra mentalidad occidental actual, para que podamos descubrir la gran riqueza que contiene.

Por lo que se refiere a la visión sobre el hombre, podemos mencionar sucintamente algunos rasgos sobresalientes: en la Biblia, de modo especial en el Antiguo o Primer Testamento, encontramos una antropología en perspectiva unitaria. En efecto, el ser humano es entendido como una unidad integral, sin separación de cuerpo-alma, y tampoco es posible establecer fronteras bien precisas entre las operaciones biológicas, síquicas y aquellas estrictamente espirituales. A los órganos o miembros del cuerpo se les llega a atribuir funciones que de suyo no les corresponden, no como simple lenguaje metafórico, sino como expresión de la íntima relación y armonía que existe en el hombre. La Biblia puede hablar de éste en cuanto ser corporal o en cuanto ser espiritual, con algún énfasis especial, pero es siempre el mismo hombre en la totalidad de lo que es él. Las distintas dimensiones humanas que integran la "unidad totalizante" están siempre en perfecta conexión, formando dicha unidad integral. LC